
LIBRO CUARTO.

I.

SEPARACION.

Estuve dos dias sin ver á mi marido. A pesar de mi decision de perdonar, de mi cariño hácia él, no hice ninguna diligencia para hablarle, porque temia no poder dominar mi desesperacion en su presencia.

Y sin embargo, aquella desesperacion, aquel desaliento profundo, aquella pena mortal, estaban exentos de toda cólera.

Dicen que es un mal el dar á los niños una educacion demasiado blanda y consentida; pero es lo cierto que el cariño y la condescendencia, que la extremada dulzura, en fin, cuando se emplean en una índole noble y generosa, producen mejores frutos que el rigor y las correcciones.

Mi carácter, segun decian todos los que habian conocido á mi madre, muy semejante al suyo, era naturalmente blando, amoroso, ingenuo y apacible. A pesar de

sentir con extremada vehemencia, reflexionaba también profundamente. La injuria me hería, pero prefería perdonarla á guardar por ella resentimiento: porque para mí el perdón era un bien, y el rencor una mortificación superior á mis fuerzas.

En la noche del tercer día, el ayuda de cámara de mi esposo vino á traerme una carta, en la que me decía que se avergonzaba de sí mismo, y que, para calmar algunos días su agitado espíritu, salía de Madrid, y pasaría quince en una posesión que tenía en Andalucía.

No se me ocultó que iba en seguimiento de la Vizcondesa.

Empezó entonces para mí una vida triste, recogida, silenciosa: pasaba el día de un modo uniforme, pero el más á propósito para la disposición de ánimo en que me hallaba.

Levantábame temprano y bajaba al jardín, en el que la vista del sol naciente, del arroyo que murmuraba, de los pajaritos que cantaban, de los árboles llenos de vida y de verdor, y de las flores cargadas de perfumes, llenaban mi alma de un sosiego suave después de una noche generalmente pasada en el insomnio.

Subía después, y me desayunaba con mi abuela ó con el anciano capellán.

Mi pobre madre había llegado á un estado de completa imposibilidad física.

Tullida del todo, no se movía de su ancho sillón, que más parecía un lecho: su obesidad desaparecía rápidamente: sus cabellos estaban blancos.

La vejez había llegado conducida por el dolor.

El expediente del divorcio seguía sus lentos trámites; pero Sandoval había salido de Madrid, según se decía, para el extranjero.

Mi abuela no le nombraba jamás.

Después del desayuno, tocaba yo el piano ó bordaba durante dos horas, hasta que era la de vestirme para almorzar, en lo que empleaba otra media hora.

Volví á ocuparme de mis labores al lado de mi abuela, ó bien le leía en voz alta algún libro que ella prefería.

Muchas veces, al hallar en la lectura alguna analogía con mi propia situación, me deshacía en llanto, y el libro caía de mis manos; mi abuela alzaba entonces sus ojos al cielo, y dos lágrimas se deslizaban por sus flacas mejillas.

Éramos el árbol robusto y frondoso y el tierno arbutito, heridos por el mismo golpe.

— ¡ Ah! Me decía atrayendo hácia su pecho mi cabeza. ¡ Tú aún eres una niña, Valeria! ¡ Aún te queda la sagrada esperanza de ser madre, en tanto que yo sólo espero ya la paz en el cielo!

Por la tarde venía Felicia, que muchos días comía con nosotras, y salía con ella en mi carruaje á dar un paseo solitario, en tanto que mi abuela rezaba su rosario con María de Jesús.

Después de la comida, que era siempre espléndida, se trasladaba el sillón con ruedas de mi abuela á su salón particular, y allí tomábamos el café.

Por la noche venía el Marqués de Prado-Hermoso, y algún otro antiguo amigo de mi abuela, de edad madu-

ra y gran posicion oficial; ella jugaba su partida de ajedrez, y los demas jugaban al tresillo.

Un dia me dijo Felicia:

— Al ver al Marqués y á V., querida Valeria, en medio de esta concurrencia de cabezas blancas, me parecen dos floridos rosales, en el centro de un bosque de árboles, deshojados por los furios del invierno.

A las doce se retiraban todos; pero el capellan y yo permaneciamos al lado de mi abuela, entreteniéndola en conversacion hasta las dos, pues nunca habia podido dormirse hasta aquella hora.

Esta vida era apacible, cómoda, y á mi parecer, dichosa en lo posible; pero cada dia me espantaba más la rápida alteracion de facciones que me presentaba mi espejo: yo no tenía aún diez y siete años, y la tristeza, que me consumia salia á mi rostro alarmando á cuantos me amaban.

Pasaron los quince dias que mi marido habia señalado para su vuelta, y pasaron dos meses más sin recibir de él más que dos cartas muy cortas, y que me avisaban hallarse en Granada.

De volver nada decia.

Una noche vino el Marqués algo más tarde de lo que tenía por costumbre.

— Señora, dijo á mi abuela: todos los negocios de usted quedan arreglados. Yo marchó á terminar un asunto importante: me caso, pues ya es hora de fijar mi vida: voy á Barcelona, y dentro de tres meses presentaré á V. á mi esposa: es una jóven buena y amable, y creo que le concederá una parte del cariño que á mí me manifiesta.

Por la tarde bajó conmigo al jardin, y observando que estábamos solos en una plazoleta de árboles, me tomó la mano, la estrechó entre las suyas, y me dijo con voz profundamente conmovida.

— ¡ Ah, Valeria! ¿ Por qué nos hemos conocido tan tarde?

Yo le miré algo sorprendida.

— Adios, prosiguió, su abuela de V. me espera; pero yo no volveré jamas. Me caso sin amor, porque sólo á usted he querido con pasion; pero deseó que mi esposa sea feliz y marcharé á Ultramar.

Quise protestar contra aquella determinacion; pero el Marqués, aprovechándose de mi confusion, volvió á estrecharme la mano y desapareció.

Ya no le volví á ver.

II.

UN RAYO DE LUZ.

Gracia debia tener alguna persona en Madrid que la informase de todo lo que hacía el Marqués.

Pocos dias despues de la conversacion que acabo de referir con éste, y de su despedida, apareció ella de nuevo en Madrid, y vino á verme.

¡ Qué cambiada la hallé!

Apénas quedaban ya señales de su delicada y encantadora belleza.

A la edad en que otras mujeres llegan al apogeo de su hermosura, la suya estaba marchita y destruida bajo el soplo fatal de las pasiones.

Quise preguntarle por mi marido, pero no me atreví, porque me parecía que era profanar la excelencia del sentimiento que yo guardaba en mi alma, hablando de él á aquella desgraciada mujer.

Sin embargo, ella se adelantó, y con su generosidad natural, fué lo primero que me dijo:

—No lo he visto más que de léjos, á pesar de que he vivido en Sevilla: mi casa de campo estaba cerca de la ciudad, y él me ha fatigado con su presencia tanto como ha podido; pero tranquilícese V., querida Valeria, pues esto se acabará muy pronto: pronto estaré donde no pueda abrigar ninguna esperanza de verme.

—¡Cómo! exclamé, ¿qué va V. á hacer?

—¿Yo? nada. Dios lo hará. ¿No ve V. qué estragos hay en mi semblante? ¡Oh! Padezco tanto, que esta situación no puede prolongarse mucho tiempo.

—Yo también estoy muy débil y quebrantada, observé para separar su pensamiento de aquellas fúnebres ideas; pero eso no quiere decir nada más, sino que las penas del ánimo se conocen en el rostro.

—En V., querida Valeria, repuso la Vizcondesa, significan otra cosa más agradable y más feliz. En V. significan que pronto será madre; que pronto atraerá V. á su marido con el lazo más santo y más indisoluble: en mí hablan de la muerte, que ya está muy cerca.

Yo miré atónita á la Vizcondesa. Su revelación, respecto á mi estado, que ni mi abuela había conocido, me

sobrecogió como una alegría inesperada; pero pronto comprendí que tenía razón. En un momento se agolparon á mi mente mil circunstancias, mil detalles de mis padecimientos, mil pequeñas causas, que no me dejaron duda acerca de mi estado.

En el arrebato de mi alegría, me arrojé á los brazos de aquella mujer, para darle gracias por aquel rayo de luz que yo no había sabido adivinar.

Cuando se fué, mi primera intención fué escribir á mi marido llamándole: pero el orgullo me detuvo, y me dije que él no tardaría en llegar, y que quizá podría arreglarse el importante negocio de la felicidad de toda mi vida, sin que yo tuviese que sacrificar tanto de mi dignidad.

No me engañaba; cuatro días después de haber yo visto á Gracia entró en casa mi marido una noche muy tarde.

Yo me hallaba ya acostada, pues aquella noche me sentía muy mal.

Una especie de desaliento profundo embargaba mi espíritu: no podía menos de sentir amargamente el vacío de afecto que había en derredor mio.

¡Ay! La felicidad mayor de la mujer, la que forma el encanto y el orgullo de las más culpables, la maternidad, en fin, me había sido revelada por la mujer que debía mirar con razón como á mi mayor enemiga.

Ni mi madre, ni mi esposo, ni aún la amistad de Felicia, habían sido bastante perspicaces para adivinarla.

Cuando Justina me dijo que mi marido se hallaba en su habitacion, le pedí papel y pluma y escribí estas líneas:

«Sé que acabas de llegar, Eduardo; tengo que hablarte de un asunto importante, y te espero mañana á las diez en el salon.»

Encargué á Justina que diese este billete al ayuda de cámara de mi marido, y me entregué á mil reflexiones tumultuosas, ya tristes, ya llenas de vagas esperanzas.

III.

LA MUERTE.

Me levanté á las nueve y me vestí con un traje oscuro, pero el más lindo que tenía entre los de su clase: arreglé con esmero mis cabellos, que áun vi con placer sedosos y abundantes.

Quería que mi marido me hallase lo más agradable posible.

A las diez bajé al salon principal, donde aquél me esperaba paseándose.

Él tambien estaba flaco y desconocido: corrió hácia mí, y me tomó una mano, que besó con ternura.

—Sentémonos, le dije, y hablemos con calma, Eduardo: esta conferencia es muy importante para mí.

—Habla, Valeria, repuso mi marido, no puedo hacer más que escucharte, y suscribir á cuanto dispongas.

—Soló me reservo un derecho, respondí; un derecho muy dulce. No quiero hablarte de ningun otro. Ya en otra ocasion, no muy lejana, procuré reanimar tu valor, y aunque al parecer lo conseguí, muy poco tardé en ver que no era así. Al soplo de ese amor fatal que te domina cayeron al suelo todas tus buenas resoluciones; y sin embargo, tú me estimas, y áun residen en tu corazon toda la hidalguía y nobleza del caballero.

—Valeria, suspende esa opinion tan favorable, dijo mi marido. Te confieso que de ningun modo la merezco. Todo lo que he gastado en esta vergonzosa peregrinacion te pertenece, es tuyo.

—Y tuyo tambien, repuse yo. ¿Acaso lo que poseemos no son bienes comunes? ¿Acaso no es ésta una de las condiciones del matrimonio? Pero no hablemos de eso; hablemos de otra cosa más dulce que la miserable cuestion de dinero: ¡De nuestro hijo!

—¿Qué dices? exclamó el Conde.

—Pronto serás padre: ahora di si debes conservar tu caudal, tu salud, y hasta tu tranquilidad para tu hijo: á esa pobre mujer, que te ha arrebatado el reposo, la mata un amor sin esperanza: ten cuidado no acabe con tu vida, que ya es de otro sér, el mismo mal. Eduardo, vive, y sé hombre para nuestro hijo.

Salí dichas estas palabras: un instinto secreto me decia que nada más debia añadir á aquella revelacion sagrada.

Mi marido cayó en un sillón cubriéndose el semblante con las manos, como si tuviera rubor de mirarme y hasta de ver la luz.

Encontré en la antesala á la camarera de mi abuela, que llegaba corriendo á buscarme.

—¿Qué ocurre? le pregunté.

—La señora está como desmayada: no vuelve en sí, á pesar de haberla movido muchas veces Justina y yo y de haber procurado que respirase sales. Nos hemos asustado mucho, señora Condesa, y yo he venido á buscar á usted.

Entré en el cuarto de mi abuela, que estaba efectivamente tendida sobre su lecho, é inanimada. Un encarnado violáceo cubria sus mejillas. Su pecho se levantaba con una respiracion cortada, que más parecia un gemido. Tenía los ojos pesadamente cerrados, y las manos crispadas sobre la sábana.

Justina envió á un lacayo á buscar al médico, y yo me arrodillé al lado del lecho, llamando repetidas veces á mi buena madre.

¡Ay, por primera vez la hallé sorda á mi voz!

Cuando entró el doctor corrí hácia él con las manos juntas, y le rogué entre sollozos procurase salvar á mi abuela.

Tranquilizóme acerca de su buena voluntad, con una mirada expresiva, y se aproximó al lecho asiendo presuroso la mano de mi madre.

—¿Hay esperanzas? pregunté ansiosa.

—¡Ninguna! respondió el doctor sacudiendo melancólicamente la cabeza; la ha atacado una apoplejía fulminante, originada por sus padecimientos morales y su total carencia de ejercicio corporal.

En aquel dinstante entró María de Jesus dando gri-

tos penetrantes: pero tampoco el eco de aquella voz querida hizo salir á mi abuela de su mortal letargo.

¡Ay! ¡Cómo habia de despertarla, si no alcanzaba á conseguirlo la mia!

El médico permaneció allí, y tambien el sacerdote. Aquél, atento al menor movimiento de la enferma para darle los remedios necesarios; éste, rezando por la salud de su alma, ya que la del cuerpo parecia haberse huido para siempre.

En vano se abrieron las venas de mi abuela para desahogar su cabeza de aquel fatal cúmulo de sangre. Esta, afluida y encerrada en las cavidades del cerebro, no corrió de las heridas que se abrieron en sus manos y brazos.

A las siete de la tarde, y sin haber recobrado ni por un solo instante el conocimiento, mi pobre madre, mi bienhechora, exhaló el último suspiro, sin que yo pudiese darle el postrer adios.

Cuando sentí que su mano se helaba entre las mias, creí que el mundo desaparecia de mi vista y que caia en un profundo abismo; comprendí que perdía el apoyo más firme y más cariñoso, y sin darme cuenta de mi voluntad, prorumpí en gritos angustiosos y desesperados.

Mi marido los oyó: en mi extravío, y durante las pocas horas de aquella breve agonía, no habia pensado en ordenar que le llamasen y que le avisáran de lo que sucedia.

A mis alaridos llegó presuroso, se inclinó sobre el lecho de mi abuela, y se levantó pálido y temblando.

Luégo se acercó á mí, me tomó en sus brazos y me dijo.

—¡Animo, Valeria! Desde hoy hallarás en mí, además del apoyo que has perdido, el que nunca hasta ahora habías encontrado: ya tienes el esposo que te faltaba.

IV.

EL MÉDICO DEL ALMA.

Pasé algun tiempo casi únicamente acompañada de Felicia y del anciano capellan.

Mi marido, á pesar de sus promesas y de su buen deseo, vivia tan solitario y melancólico, que hasta huía de mi compañía y de mi presencia.

La llaga mortal de aquel amor sangraba todavía.

Una tarde me hallaba yo sola en mi cuarto: haria como un mes de la muerte de mi abuela: el otoño llegaba melancólico y triste, con su manto de hojas secas, y sus brisas frias, y sus plumizas nubes.

Ya mi jardin se hallaba despojado de sus galas, y las últimas flores se secaban en sus tallos: los árboles sostenian sólo algun fruto tardío que se balanceaba amarillento en las ramas.

Yo me hallaba sentada junto á la ventana de la biblioteca: al entrar, habia tomado de un estante la *Imitacion de Cristo*; pero aquellas páginas que tantas veces me habian consolado, no alcanzaban á lograrlo entónces.

Mi espíritu vagaba léjos de allí, por regiones muy terrenas, y por lo mismo muy tristes: pensaba en la rápida

huida de todos los amores que debieron haberme rodeado y protegido; en mi soledad; en el abandono en que me veía, y en la poca esperanza de otra vida más feliz.

Hacia muchos dias que sólo veía á mi marido mientras el desayuno, y que éste no hablaba conmigo más que algunas frias y rutinarias palabras.

Con la frente entre las manos derrámaba algunas lágrimas silenciosas y amargas, y preguntaba al cielo con impía insistencia, si no era mejor morir que vegetar en aquella miserable vida.

Mi marido entró sin que le oyese, y se sentó enfrente de mí.

—¡Valeria! dijo con voz dulce.

Yo alcé la cabeza y le miré sin ira; pero debia haber escrito en mis facciones tal desaliento, que él me abrazó con afecto y tristeza.

—Valeria, añadió; ten aún un poco de paciencia: ya que tan heroica has sido hasta hoy, que no te abandone todavía el valor!... Te casaron con un pobre enfermo, y has de esperar á que sane..... Si hubieras seguido el camino de las quejas y de las lágrimas, ó tal vez el de la venganza, jamas lo hubieras logrado; pero el cielo ha tomado á su cargo el recompensar tu virtud, y al propio tiempo el hacerme ver la gran diferencia que hay de tí á esa mujer á quien he amado hasta la locura. Sabe que la Vizcondesa ha desistido ya de encerrarse en las Calatravas; que Sandoval está aquí otra vez, y que, segun se me ha dicho por la camarera de confianza de Gracia, parte con él para Italia.

— Pero ¡Dios mio! Sandoval es ya casi un anciano para ella! exclamé.

— ¡No lo creas! Sandoval, acaso por medio de un filtro diabólico, ha hallado el secreto de adquirir una eterna juventud. Voy ya creyendo en que es brujo y hechicero, según he oído asegurar tantas veces.

No pude ménos de reirme al oír estas palabras.

— ¿Cómo se explica, si no, esa eterna belleza, esa eterna frescura, esa eterna elegancia, ese perpétuo é inalterable buen humor, esa igualdad de maneras siempre dulces y perfectas?

— Eduardo, dije á mi marido; ¿tú tenías deudas con ese hombre? Nunca me había atrevido á hablarte de eso.

— Sí, respondió mi marido algo confuso: sí, Valeria; tenía deudas con él, deudas muy grandes; algunas le he pagado ya, y ese nuevo beneficio lo debo á mi enlace contigo.

— ¿Y por qué no acabas de pagarle?

— ¡Ascienden á tanto las cantidades que me ha facilitado! ¿Y para qué? ¡Dios mio! Para arrojarme en el camino de los vicios, á los que nuestro culto lenguaje da el nombre de pasiones! ¡Para divertir los desórdenes de una estéril juventud que debía haber consagrado al trabajo y al estudio! ¡Para pervertirme, en una palabra, á fin de vengarse de tí, porque tu abuela te dió un millon de dote que él codiciaba! ¡Ah, pobre Valeria! ¡Entre qué dos seres más despreciables se hallaba tu vida! ¡Como sucede muchas veces, la suerte te arrebató todos los que podían amarte y protegerte, dejándote sólo los que podían hacerte infeliz!

— Pero Valeria, prosiguió mi marido, yo tengo hace ya tiempo la firme intencion de curarme y me curaré. Si aún permanezco léjos de tí, es porque aún me considero indigno de acercarme; es porque al nacimiento de nuestro hijo, quiero tomarlo en mis brazos, purificado de todos mis pasados errores. Sé que al oírme hablar así uno de esos que se llaman hombres de mundo, y de tales blasonan, se reiria de mí y me compararia á la meretriz que, al sentirse madre, se arrepiente y se quiere lavar en las aguas del arrepentimiento para prepararse al gran papel de la maternidad; pero no me avergüenzo de esto, porque esto es la verdad: yo quiero también purificarme para ser padre: el ídolo ha caído. Detesto ya el cinismo de esa mujer, que llora por su primer amor perdido, y que para olvidarle se entrega á todos los desórdenes: de esa mujer que pide amor y lo consigue en medio de sus extravíos. Cuando la comparo contigo, Valeria, ¡qué pequeña me parece! Tú has desdeñado la compasión de ese mismo mundo, que ella engaña y que la teme. Has permanecido digna y serena, sin querer ver la adhesión, ó más bien el amor profundo, de un hombre honrado, por respetar los lazos de un enlace indigno de tí, pero sancionado por la Iglesia; has respetado tu maternidad, y has guardado tan puro el techo conyugal, que tu marido, el más culpable y el más ingrato de los maridos, quiere entrar en él con la frente cubierta de ceniza y descalzos los piés como en el templo.

— ¿Quién te ha hecho ver la virtud en lo que yo he hecho? exclamé enternecida al oír aquel lenguaje noble y firme, y con el alma inundada por la luz radiosa de la espe-

ranza; siendo fiel y resignada, he cumplido, no sólo con lo que debía á tí, sino tambien con lo que me debía á mí misma: me han sostenido, ademas, los consuelos y consejos de nuestro piadoso capellan, de ese digno sacerdote, que ha vertido en las heridas de mi alma el bálsamo de la religion.

—Él ha sido quien me ha escrito con frecuencia acerca de tu género de vida, del oculto amor de Salvador, que él comprendió ántes que nadie, de tu existencia solitaria, silenciosa y triste, de tu oposicion al divorcio que tu abuela exigia.

—¡Él!

—Sí, Valeria; y sus exhortaciones, sus consejos, sus dulces palabras, eran el eficaz lenitivo para los atroces dolores que me causaban las miserables coqueterías de esa mujer. ¡Cuántas veces, al salir de su casa consumido de celos y devorado de cólera y de odio, he hallado mi alivio en una carta del padre Juan! ¡Qué dulces y consoladoras verdades encontraba siempre en ellas!

«Vuelva V., me decia, vuelva V., señor Conde. Su nido conyugal permanece todavía casto y puro, ocupado por la tórtola llorosa y viuda, pero inocente. Ahí están la desesperacion, el remordimiento, acaso la locura y el crimen: aquí la paz del alma, el amor legítimo, la esperanza de un hijo, el trabajo, que es la verdadera, casi la única felicidad de las almas grandes.»

—¿Y dónde te enviaba sus cartas?

—Las dejaba en mi cuarto: allí, sobre mi mesa, encontré la primera, y fué tal la impresion que me produjeron la dulzura, la sabiduría que se advertia en ella, la

elocuencia de sus razonamientos, la elevacion de sus conceptos, que me pregunté si ese humilde anciano habia bebido en las dulces doctrinas de San Francisco de Sales, ó en las elevadas de San Agustin, ó en las austeras y fogosas de San Jerónimo. Pero ¿qué digo? Toda la esencia de esos tres grandes doctores y médicos del alma la ha aspirado ese admirable y santo anciano, y cuando un sacerdote sabe derramar de ese modo la luz de la verdad, ésta penetra en las almas más endurecidas: yo he tenido los dos mejores médicos para el cáncer mortal que me estaba consumiendo: una mujer buena y cristiana, y un ejemplar sacerdote.

Calló mi marido entónces, y yo, despues de contemplar admirada y absorta durante algunos instantes su bella fisonomía, llena de animacion y de fuego, elevé al cielo mis ojos para darle mil y mil gracias con todo mi corazon.

Estaba segura de que la cura era entónces radical y completa.

Una voz interior me lo decia: la voz del corazon que no engaña jamas.

V.

NUEVOS CONSEJOS.

Al dia siguiente fuí á buscar al capellan, para darle gracias con toda la efusion de mi alma.